

mujer que le quería detener con sus brazos; vió que era vieja, que su rostro estaba arrugado y hundido, y se desprendió de ella con horror rechazándola con el pié.....

## XLV

Buscando en la indecisa luz blanquecina, encontraron la puerta que daba al exterior, y salieron enervados por las embriagueces de la noche. La pálida mañana los envolvió con su sana frescura y con su luz tímida y virginal. No se oía ningún ruido: todo dormía aún en la Kasbah que, envuelta en sus blancuras de cal, tenía más que nunca aspecto de lúgubre sepulcro.

¿Dónde estaban? Pudieron orientarse porque ya no estaban borrachos. Juzgaron que debían estar muy arriba, por encima del puerto y de la mar, y empezaron á descender por las empinadas pendientes de las callejuelas árabes. Apenas se veía, y todo tenía en torno suyo una singular palidez, pues aparte el pavimento de piedras negras, todo era blanco.

Las viejas casas moriscas; las viejas bóvedas ojivales; los viejos puntales de madera que corrían á lo largo de los muros todo estaba indeciso y pare-

cía tallado en nieve; era aquello como una obscuridad blanca. El silencio parecía cubrir encantos y misterios.

Después de las voluptuosidades, de los besos febriles y los vapores del incienso, respiraban con delicia aquel aire puro y aquella frescura dulce de la mañana. Y marchaban con paso vivo y ligero por aquellos altos barrios que dormían.

Iban alegremente, saboreando ese bienestar matinal, y sin pensar que pudiese acabar nunca su salud y juventud, sin sospechar que llevaban consigo, en su sangre misma, espantosos gérmenes de muerte.....

## XLVI

No era aún día claro cuando llegaron á la parte baja, á los muelles de Argel. Entre los escombros y los trozos de madera apilados vieron masas grises: eran árabes, trabajadores de los barcos, que dormían á la luz de la luna, envueltos en sus albornoces; un montón horroroso, cubierto de harapos y de sabandijas. Y después, algo más lejos, se echaron á reír al reconocer á sus amigos de la víspera, los tres bretones, sobre la arena. Se asombraron de ver uno más con grandes bigotes: era el zuavo.



## XLVII

Tres perros, sentados sobre las patas traseras, parecían velar sobre ellos con reconocimiento solícito.

Los bretones dormían profundamente; estaban desabrochados, y á cada uno de ellos le faltaba una pieza del traje, que se había quitado para vestir al zuavo.

Ivon, que le había dado la camiseta de rayas azules, dejaba ver su pecho desnudo, y los dos gatitos que había robado para enseñarles monadas, pegados á él, dormían también tranquilos y confiados.

Un vapor diáfano, nacarado, se extendía sobre el mar como un velo, tomando un color dorado y luminoso hacia el Oriente. Los albornoces grises comenzaban á agitarse y á bullir por el suelo; por encima del inmundo montón se veía levantar un brazo, una pierna amarillenta, ó surgir una cabeza negra. Aquella era la hora del primer saludo de la mañana, y se despertaban para rezar su plegaria. Poco á poco llegaba el día, derramando su luz sobre todas las cosas—y el vapor diáfano y nacarado desaparecía, haciéndose tan ténue, que dejaba ver los barcos más distantes, y casi el horizonte de

la mar: después desapareció de repente, como una cortina de gasa que se descorre; el sol había salido. «¡Alah! ¡Alah!» Todos los árabes se pusieron en pié: presentaban un aspecto verdaderamente majestuoso, á pesar de sus parduzcos y polvorientos harapos: tenían erguidas y arrogantes sus hermosas cabezas, con grandes ojos negros; el sol los inundaba de rayos color de oro, y en aquel instante, nobles y respetuosos estaban tan bellos como los dioses.

Se veía entonces la Kasbah, allá, en lo alto, destacarse transparente del violado ceniciento del celaje, en blancuras opacas, matizadas por doquiera de rosadas tintas. Los colores de los objetos más lejanos se habían hecho tan claros, que ya no tenían perspectiva; todo parecía que estaba cerca, y la ciudad árabe presentaba un montón de construcciones superpuestas, suspendidas en el aire. No había allí más que aquel cielo gris perla, que conservaba detrás de todas aquellas cosas humanas una transparencia y una profundidad infinitas....

Los barcos habían desplegado sus velas blancas, para secar al sol la humedad de la noche. Eran las siete de la mañana, y el bote del buque de guerra á que pertenecían los seis marineros salió á buen andar para recogerlos, hendiendo el agua azulada con sus ligeros remos.



Llegó á la costa: los vascos, ayudados por los remeros, condujeron á él á los bretones con sus gatitos, y se embarcaron á su lado. Los tres perros siguieron la lancha con melancólica mirada, y cuando se perdió de vista, se volvieron con aspecto triste hacia la ciudad.

## XLVIII

También á bordo produjo asombro aquel desconocido de los bigotes. Sin embargo, á todos los acostaron cuidadosamente. Ivon se despertó cerca del medio día, y encontró en su bolsillo una llave grande..... ¡La llave del cofre de los perros!

Se acordó entonces de que se había olvidado de abrirlo cuando lo habían tirado cerca de Bàb-Azoun; y como muchacho de buen corazón, sintió cierto remordimiento. Después rogó á un amigo que fuera en seguida á arrojar al mar aquella llave, temiendo que pudiera servir de pieza de acusación contra todos ellos.

## XLIX

## DESENLACE

La identidad del zuavo no fué reconocida hasta por la noche.

Todos fueron castigados, los tres bretones especialmente: la historia de la carreta había hecho gran ruido en Argel, y existían contra ellos las más graves prevenciones. Los tres vascos se vieron bien pronto atacados de una enfermedad horrible. Aquellas mujeres se la habían trasmitido casi inconscientemente. Irresponsables de su vicio y de su miseria, habían comunicado á aquellos libertinos lo que otros les habían llevado á ellas. Uno murió, Barazére. Los otros dos se creyeron curados, después de haber sido durante algún tiempo objeto del menosprecio de sus compañeros. Pero el germen de aquel veneno les quedaba en la sangre. No tenían ya que hacer más que unos cuantos meses de servicio, y al año siguiente se casaron con unas jóvenes que los habían esperado en su aldea, durante el tiempo de su servicio en la mar. En las familias de aquellos pescadores, que habían sido hasta entonces sanas y robustas, introdujeron la enferme-



dad árabe; el primer hijo de cada uno de ellos vino al mundo cubierto de llagas vergonzosas.

Los pobres perros volvieron á recuperar el cariño de sus amos.

Los gatitos de Ivon se hicieron muy hermosos, aprendieron un gran número de ejercicios, supieron tenerse derechos sobre las patas traseras—y saltar por encima de las rudas manos de los gaviros puestos en rueda. Poco tiempo después tenían ya varios gatitos más.

En cuanto á los dos hombres que dejaron abandonados dentro de la carreta, fueron al hospital llenos de dolorosas contusiones; y para aumento de desgracia, todos encontraron ridículo el lance, por lo que sirvieron largo tiempo de chacota y burla á sus compañeros.

## L

## MORALEJA

Es siempre un crimen hacer daño á las gentes, sobre todo cuando éstas son buenas, como eran las de nuestra historia; pronto ó tarde, es uno fatalmente castigado.

Esto se demuestra claramente, amigo Plumkett,

por la suerte que cupo á aquellos secuestradores de perros.—(*Fin del cuento.*)

*Plumkett.*—Mi querido Loti, ya había yo previsto que su cuento de usted no tendría piés ni cabeza, y terminaría con una verdad de Pero Grullo.

Los personajes, que son los perros, no aparecen hasta la mitad de la historia, y las tres damas del título no figuran en el desenlace. Todo esto está muy poco conforme con las reglas seguidas por nuestros buenos autores. Pero no se lo reprocho á usted; cada cual escribe como puede, y no sería razonable exigir que los escritos de usted encerraran una idea, ni tuvieran método ni hilación.

Por lo demás, los marineros están bien pintados, y hasta me gustan las descripciones de Argel, porque son exactas y están bastante bien coloreadas.

Me recuerdan cierta primavera que, por casualidad, pasamos juntos allí hará unos tres años. ¡Hizo usted no pocas ridiculeces, amigo mio! El día lo pasaba usted ejerciendo de estatua ecuestre, en compañía de su amigo Mohammed, montados en unos caballos que hubiesen destrozado á cualquier cristiano. Por la noche iba usted á reunirse con unos amigos de piel amarilla en las madrigueras de la Kasbah, rogándome que no le acompañase (de lo cual no tenía yo ninguna gana), bajo pretexto de



que mis trajes parduzcos le ofuscaban la vista, y de que yo echaba á perder el color local de aquello.

Me acuerdo también que una vez (en aquel baño moruno que tenían los árabes, y donde tarareaban la última opereta de Lecok, ¿se acuerda usted?) se empeñó en no bañarse, y devolvió con dignidad el blanco *gandourah*, porque yo me disponía á entrar en las pilas.

Jamás hemos podido ser buenos amigos, más que de lejos. Es un hecho efectivo: usted busca siempre contienda.

Evoco estos recuerdos sin la menor amargura, y crea usted que no despiertan en mí más que una dulce piedad. Es verdad que dos hombres tan extraños, tan complicados como usted y yo, muy difícilmente llegan á entenderse.

Las circunstancias, los flúidos, han depositado en torno nuestro tantas cosas estrambóticas, que hay en nosotros un montón de individuos diferentes, sin contar toda clase de animales. Estos séres y estos animales aparecen alternativamente, según el caso, hablando, obrando, en lugar del ser íntimo y profundo que permanece como pegado á ellos por detrás, inerte y atónito, en una especie de laxitud conmovedora.

Cuando usted, por ejemplo, presenta un gato, y

yo respondo con un perro; ó bien si me aproximo, fino y cortés, y encuentro en usted al salvaje, al tártaro ó al paguano (que aparecen á menudo), es claro que la entrevista no será muy cordial. Mientras que á su hermano de usted, Ives, muy sencillo, muy equilibrado, y al mismo tiempo muy rico y muy intenso en su personalidad, se está siempre seguro de encontrarle en sí mismo. Es él, no otro alguno, y responde siempre á lo que hay en usted de más vivo y de más constante en todos los casos, que es el hombre primitivo.

El hombre primitivo, el salvaje prehistórico, mi querido Loti, es el que hay en el fondo de la personalidad de usted. Y esto, que es particularmente suyo, es lo que da á todos sus libros esa excentricidad que engaña á los tontos; es el menosprecio que parece usted hacer de las cosas modernas; es esa cómoda independencia, con la cual parece usted desprenderse de lo que treinta siglos han aportado á la humanidad, para volver á los sentimientos simples del hombre primitivo ó á los de los animales antediluvianos de los mares del Sur, que nos explica usted á cada paso. Sólo que usted emplea todos los recursos del hombre civilizado para hacer inteligibles esos sentimientos, llegando á ellos con cierta mesura; esto no puede negarse.



Pero me declaro incapaz para colocarle entre ninguna clase de escritores; es usted excepcional, con una personalidad propia, determinada, y ninguno podrá dar á usted su nombre; se engañará siempre el que quiera darle una designación conocida, en tanto que los médicos alienistas, los paleontólogos ó los veterinarios habituados á cuidar las ballenas enfermas en los grandes mares del Sur no se propongan hacer la crítica literaria de usted. Vea usted el mirlo blanco, se ha dicho que era una urraca, un grajo, una paloma torcaz. Nada de esto; es un animal aparte. Lo mismo que usted, querido Loti; es el único en su modo de ser, y no pertenece á ninguna especie conocida.

*Loti.*—Y usted no es más que un canario, mi buen Plumkett.—Pasemos adelante. Voy á hablar á usted de un pergamino viejo, que la casualidad me hizo encontrar un día en el granero, en el fondo de una de esas arcas de encina que usaban nuestros abuelos. Estaba todo empolvado, y los gusanos habían dibujado encima sus complicados arabescos. Lo abrí distraído. Pero me llamó la atención el nombre de Samuel R. sobre la cubierta, y tuvo curiosidad de leerlo. (Este Samuel R. era uno de mis antepasados, y yo había oído hablar mucho de él á su biznieta, mi abuela). Aquello era sencii-

llamente su libro de cuentas. Había escrito mes por mes los gastos de su vida.

«El 10 de Agosto de 1695, compré un caballo en 100 libras.

Pagué los salarios de mi criada Suzon, 2 libras.

Pagué los salarios de mi criado Mateo, 5 libras.»

En seguida venían las cuentas de los salineros, los jornales de los que recogían la sal de las marismas, y después, en cada otoño, un gran número de jornales suplementarios para las vendimias, y después una gruesa suma para la comida de fiesta de los vendimiadores.....

Y yo pensaba en aquella actividad tan antigua y tan semejante á la nuestra —y en aquellas recolecciones de las viñas al sol de 1690..... La letra, muy ancha, muy cerrada, se parecía á la de los viejos misales; era casi gótica. Pasé varias hojas.

Los años de mi abuelo Samuel se sucedían muy semejantes, con los gastos perfectamente equilibrados. Pero la letra, poco á poco se hacía menos clara, y después las cuentas se acabaron: mi abuelo había acabado también, sin duda, sobre aquella última página, su vida regular y patriarcal. Continué hojeando: muchas hojas blancas, y después caí sobre otras cuentas, muy graciosas por cierto; la letra, menos antigua, era de niño; los renglones, muy



torcidos, estaban llenos de borrones y de muñecos, que danzaban entre las letras desiguales.

Evidentemente, el viejo registro, ya inútil, había caído en manos de los niños, que habían escrito en él cuentas para divertirse:

«Vendí á Enriqueta una vara de cinta rosa por tres alfileres.

Vendí á Juanita dos varas de encaje de Alençon, por doce avellanas.»

Yo reconocí aquellos nombres. Estas niñas eran mi abuela y mis tías (mi tía Berta, la última, había muerto á los noventa y dos años).

Bajo la primera República, hácia 1798, se habían divertido jugando á las tenderas, lo mismo que las niñas de nuestros dias.

«El 24 de Mayo hice un sombrero con plumas, para la señorita María Juana, que le he vendido á crédito por una onza de cerezas...»

¡Qué forma tan especial debia tener aquel sombrero con plumas!..... Habian jugado á la modista. Y hojeando aún, entre cada hoja encontré algunos sobrantes de cinta y de puntilla, que habian puesto allí en prensa—de aquellas cintas sombreadas, matizadas, que se usaban antes, y que es moda copiar en la actualidad. El fondo de su almacén de muñecas había dormido allí durante un siglo—y

yo estaba muy pensativo delante de aquellas reliquias de cien años. Trataba de representarme aquellas niñas, rehaciendo su fisonomía según los antiguos retratos ó las caras octogenarias entrevistadas en mi infancia; las veía en el traje de su tiempo: un trajecito sencillo, con sus rizados á la griega, cayendo sobre un terciopelo que les estrechaba la frente—divirtiéndose en sus recreos del *decadi*, á la luz de un sol más joven que el nuestro.

Y después encontré pensamientos disecados, tallos de lirio y otras flores de primavera. Conservaban aún sus colores: ¡y las niñas que los habian cogido, después de haber sido abuelas, muy amadas, no eran en aquel momento más que polvo!....

Todavía más: ¡mariposas calcadas! Siguiendo un procedimiento infantil, habian puesto las alas entre hojas de papel engomado, que habian conservado impresos su color y su forma. Eran las mariposas azules, con alas negras y rosadas, de las que se ven volar en las tardes de Mayo por encima de los altos henos en flor.—Estaban tan frescas como si se hubieran cogido el día antes.....

También fué una tarde de Mayo cuando hice aquellos descubrimientos. El sol poniente iluminaba por la ventana el viejo pergamino y las flores centenarias; y yo volvía á ver con colores dulces y



extraños aquellas primaveras muertas, ya pasadas y desaparecidas en el eterno polvo de la nada.....

He limpiado piadosamente aquel libro venerable, amigo Plumkett, y lo he puesto en mi cuarto, dentro de mi *secrétaire*. Lo he abierto después algunas veces, pero pocas, por miedo de estropearlo, por temor de que aquel encanto de los meses de Mayo de otros tiempos, que duerme bajo el pergamino amarillento, no fuese desapareciendo poco á poco de entre las hojas, por abrirlas demasiado á menudo.....

*Plumkett*.--Por casualidad, mi querido Loti, es una flor linda y fresca la que me acaba usted de mandar—por más que sea una flor de cien años. Yo también intentaría á veces enviárselas á usted menos ajadas, si no tuviésemos la costumbre de deshojarlas en cuanto las recibimos, para tirárnoslas mutuamente á la cabeza. Ultimamente, yo esplanaba una teoría fisiológica muy interesante, y usted empezó á gritar que era un *hueso de muerto*, y que le daba miedo; y después me ha interrumpido usted con un cuento árabe, que producía sueño, sin dejarme tiempo de deducir las conclusiones.

«Nosotros somos máquinas,» habia yo dicho—y esta es una verdad, digna á fe de monsieur de la Palisse, que es uno de mis autores favoritos. ¿Pero

no somos nada más?... Siempre es este el punto de interrogación terrible, y convendría tratar de no permanecer en él. Después de haber pensado en todo, esforcémonos en elevarnos hasta la contemplación de *otra cosa*, donde nuestro pensamiento pueda detenerse y reposar en paz.

La máquina que destila el pensamiento, el amor, es felizmente inexplicable todavía. Si desde los fenómenos cerebrales observables pasamos á los de la conciencia, *pensamientos ó voliciones*, encontraremos siempre, entre unos y otros, lo incomprendible, el abismo.

La filosofía moderna nos dice que los fenómenos morales y mentales son las dos fases, *objetiva y subjetiva*, de la misma cosa, que es la *actividad del ser humano*. Pero ¿comprenderemos mejor una cosa ininteligible, porque la digamos en una fórmula concisa? Y he aquí siempre el término á donde conduce toda filosofía y toda ciencia: la más grandiosa de las formas, que puede revestir á los ojos de nuestro espíritu, lo Inconcebible, lo Incomprendible, lo Incognoscible.....

Nos abismamos hasta las últimas profundidades; y una vez allí, nos debatimos en dificultades penosas, en medio de conjeturas infantiles.....

Y bien: yo no encuentro, sin embargo, tan mala,



tan inservible, como usted quiere decir, esta moderna filosofía: nos lleva, al menos, á la manifestación evidente de nuestra ignorancia completa y nuestra incapacidad para salir de ella. Y esto ya es algo, mi querido Loti, porque deja un campo infinito, abierto al corazón y á la fantasía, y afirma la noción de eso *Incognoscible*, que puede ser Dios!.....

Las religiones nacen de este sentimiento de lo incognoscible. Son interpretaciones groseras ó sencillas de él: son períodos de la evolución del espíritu humano. El espíritu en nosotros, seres perfeccionados, va más lejos que ellas; no puede acomodarse á sus dioses. Pero aproximándonos más que lo han hecho las religiones del pasado á los límites de la concepción humana, vemos también más claramente estos límites que se levantan ante nosotros infranqueables, misteriosos—y detrás de los cuales debe haber un Dios. El Dios verdadero está más arriba y más lejos de lo que dicen los cristianos; sepamos, sin embargo, que es imposible que no haya uno, y hagamos lo que ellos: *Adorémosle*.

Que sirvan estas conclusiones para disipar las incertidumbres y los dolores. Elévese usted sobre las cosas vulgares, y repose en el seno de estas hermosas contemplaciones. Descubrirá usted en ellas un

encanto consolador, que acaso le haga un día amar la vida.....

### Sexto diente de león.

*Loti*.—He soñado, amigo Plumkett, que le iban á hacer á usted la operación del trépano, y era un carpintero, marinero de nuestro barco, el que ejecutaba este trabajo, según las indicaciones de un médico alienista á quien habíamos consultado. Yo cumplía cerca de usted mi oficio de amigo: durante la operación le hacia á usted compañía y le animaba con buenas palabras. Su cabeza de usted producía un sonidito hueco y cascado, como un coco hendido. Cuando estuvo hecho el agujero, vimos aparecer en la abertura las antenas de un gran escarabajo, que había construido su nido en la masa cerebral de usted. Entonces nos retiramos discretamente el operador y yo, para no interrumpir, y el animal salió. Después de aquél vino un segundo, después dos, luego tres, diez..... Salieron muchos, y por último, algunas arañas también.

«¡Ah! ¡ya me encuentro mejor!»—dijo usted. En efecto; emitía usted ideas que tenían cierta correlación, y hasta que no carecían de sentido común. Entonces experimenté una sensación penetrante,



que me despertó..... Estaba acostado sobre los almohadones del sofá, donde me había dormido después de la fatiga de una noche de guardia. Usted estaba sentado cerca de una portañola, rodeado de algunos otros que le escuchaban.

Les hablaba usted de Kant y de Spinoza, de la razón pura y de la razón práctica..... Entonces comprendí que había estado soñando.....

A cada momento me dice usted, amigo Plumkett, que la más alta filosofía puede ser resumida por las dos enunciaciones siguientes: «Nosotros no comprendemos nada de nada;» «nosotros no sabemos nada de nada.»

Muy exacto, querido maestro; sólo que ya lo sabíamos hace mucho tiempo. Y vístase el asunto como se quiera, para darle un *encanto consolador*, nada podrá oponerse á estas dos verdades.

Hay en un punto de las costas de nuestro país una isla arenosa, comarca que no tiene ninguna belleza apreciable, y de la que no quiero hacer á usted una descripción muy larga. Bosques de pinos, por donde pasa el viento de la mar: salinas donde, durante los cálidos días del estío, la sal, cuidadosamente recogida en pequeños montones, blancos como la nieve, despiden un olor particular que los aldeanos llaman «olor de violeta,» y que se parece,

en efecto, al de las violetas agrestes;—y alondras á millares, cantando en toda estación, á grito herido, su canción alegre y elevándose hasta el cielo.

Grandes playas de arena, batidas y removidas á menudo por las olas del Oeste; sobre las dunas, alfombras de violetas y claveles color de rosa, tan olorosos, que envían su perfume, á lo lejos, á las embarcaciones que pasan. Pueblos de pescadores, con casitas bajas, muy bajas, como hundidas en el suelo, por temor á las ráfagas y ventarrones que soplan del Océano; pobres pueblecillos blanqueados, como los pueblos árabes, limpios hasta el extremo, con alelíes, rosas, florecillas brotando por todas partes, entre el pavimento blanco de sus pequeñas y solitarias calles. Los hombres, ennegrecidos por el sol y el viento del mar. Las ancianas, con grandes cofias blancas. En todas las cosas un encanto de sencilla honestidad, modesta y patriarcal. Estos detalles son muy pueriles, ¿no es cierto, según la filosofía de usted?.....

Yo sueño con aquel país en este momento, amigo Plumkett, porque es allí donde he experimentado en otro tiempo las impresiones religiosas más vivas. Es el país de mi familia, y cuando era niño me llevaban algunas veces á esta isla, en la que poseíamos unas salinas.



Es aquella una tierra de infieles, y mis antepasados, que lo habían sido también, dormían el sueño eterno en un pequeño cercado particular, como era costumbre antigua en las familias heréticas, para las cuales estaban cerrados los cementerios próximos á las iglesias. En aquellos templos del campo, blancos y sencillos, como las aldeas, y bañados por el sol, es donde, siendo niño, me he sentido más cerca de esa figura radiosa que se llama Cristo. Me acuerdo también de cierta imagen pintada que, en mis primeros años, tenía para mí un encanto incomparable, y la cual prefería á las láminas iluminadas y doradas de los mejores libros. Representaba á Cristo, sentado sobre una piedra, atrayendo á sí á algunos niños hebreos que llevaban los pies desnudos. Tenía escrito encima aquel paisaje del Evangelio: «Dejad venir á mí á los niños.»—Detrás del Cristo había un paisaje de la tierra de Canaan: un campo árido y pedregoso, una melancolía de abandono en la cálida luz; un no sé qué de inexplicable que me hizo comprender la Judea.....

Más tarde, cuando he visto por mis ojos el Oriente bíblico, he encontrado allí esta melancolía y esta luz que había adivinado ya; he visto vivo el país de mis ensueños infantiles..... Solamente la fé no exis-

tía en mí ya, y era entonces el Islám lo que ocupaba mi imaginación.....

¡Era muy bella, amigo Plumkett, aquella imagen representando á Jesús y á los pequeñuelos de Israel! ¡Y qué luminosas irradiaciones tenían en otro tiempo estos nombres, casi divinos: Belén, Getsemaní, Gólgota!..... Cuando comencé á creer se oscureció, se borró muy de prisa ese Cristo de mi mente, por los predicadores plañideros, por los libros absurdos, por todo ese séquito incoloro que se arrastra detrás de su personalidad luminosa—y me encogí de hombros—perdiendo la fé por completo.

Hasta pasado largo tiempo, cuando ya fui hombre, no supe desligarlo de esa confusión y de esas gentes mezquinas, para encontrarlo puro y bello, y rendir todavía á aquel Dios, maltratado y herido, un homenaje de admiración.....

Bajo una forma más pagana, más tenebrosa, he encontrado aún al Cristo, en otra época de mi vida, en las iglesias de granito de las aldeas bretonas.—¡Oh! aquellas viejas capillas, aisladas y misteriosas en los bosques de hayas, y aquellos calvarios en los rincones de los caminos, que encontrábamos por la tarde en nuestros paseos de verano, mi hermano Ives y yo..... ¿Es que todo aquello está vacío, que